



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Macip, Ricardo F.

Racismo y superexplotación: los jornaleros indígenas en el ejército industrial de reserva

Bajo el Volcán, vol. 7, núm. 11, 2007, pp. 45-60

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28671104>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RACISMO Y SUPEREXPLORACIÓN:
LOS JORNALEROS INDÍGENAS EN EL
EJÉRCITO INDUSTRIAL DE RESERVA¹

Ricardo F. Macip

RESUMEN

Este artículo examina dos aspectos íntimamente interrelacionados en el proceso de diferenciación social en la producción de café en el centro de Veracruz: la superexplotación y discriminación de peones agrícolas por productores organizados. Opuesto a propuestas liberales y comunitarias plantea el irresoluble dilema político jacobino de perder el principio o la colonia dentro del neoliberalismo.

SUMMARY

This article examines two intimately related aspects in the process of social differentiation in the production of coffee in the centre of Veracruz: the super-exploitation and discrimination of agricultural labourers by organised producers. Contrary to liberal and communitarian arguments, it poses the insoluble dilemma of political Jacobinism of losing the principle or the colony within neo-liberalism.

CONSIDERACIONES

En la literatura sobre el café en México es común encontrar referencias al mismo como un “foco rojo”. Con esto se insinúa que a la superficie plantada con el grano corresponde la presencia de movimientos indígenas que pueden convertirse en guerrillas campesinas (Bartra, 2003: 68, 87). Aun si tales mapas pueden traslaparse, no hay una correlación entre la producción cafetalera y lucha armada. Justo lo opuesto; las estrategias para sobreponerse a la crisis del café son contrastantes y variadas entre diferentes regiones. Foco rojo es una metáfora apta, empero, para

subrayar la necesidad de una alternativa a la política rural neoliberal. Simultáneamente denuncia la destitución actual y demanda la intervención estatal a favor del campesinado.

Una de las consecuencias de la “crisis del café” es la producción de estudios agronómicos y sociológicos que dan cuenta de las múltiples estrategias productivas y comerciales para revertir sus efectos. Entre los trabajos publicados durante el último quinquenio destacan las contribuciones de Armando Bartra (2003) y Richard Snyder (2001). El primero por la atención a las transformaciones organizativas del sector social, el segundo por su esfuerzo metodológico y analítico para caracterizar una condición “posneoliberal”. Antes que sintetizar sus puntuales contribuciones me interesa discutir un punto sobreseído por ambos y que es el carácter fundamental que tiene la explotación laboral en la producción de café y sus contradictorias características. Aunque incluyendo acotaciones respecto a la existencia de unidades de producción intensivas (fincas) en ambos trabajos se caracteriza a la producción cafetalera como preeminentemente campesina (Bartra, 2003: 68, Snyder, 2001: 29). Si bien tal caracterización es correcta, el principal efecto de la misma es la obliteración de los mecanismos de diferenciación entre unidades de producción campesinas, el potencial entendimiento de las mismas en una “economía natural” (con su corolario “moral”) y la falta de atención a los mecanismos de explotación de los cafetaleros sobre los productores directos: los jornaleros. Es sólo en presencia de tales suposiciones apócrifas que ha sido posible el surgimiento del término y contradictorio movimiento del “comercio justo” (Hernández, 2000; Waridel, 2002).

En este artículo examino las políticas de producción de la identidad india en el centro de Veracruz,² sosteniendo que ésta ocurre en los procesos de disciplina laboral y diferenciación étnica, tomando como estudio de caso la cafeticultura.³ Los productores de café tienen en común el ser no-indios mientras que los jornaleros suelen ser nahua-hablantes. Los jornaleros constituyen un segmento del ejército industrial de reserva pero sus maneras de contratación y control mezclan formas coloniales de trabajo con salarios a destajo. La contradicción entre estas formas de explotación se resuelve ideológicamente señalando a los trabajadores como

indios. Termino cuestionando si esta condición particular puede discutirse como “poscolonial”.

En las siguientes secciones me concentraré en establecer cómo se organiza la producción del café y la explotación de trabajo asalariado en el centro de Veracruz. Demostraré que no es posible asociar con ella idea alguna de justicia, en gran parte por las condiciones específicas de explotación que no se restringen al logro de la plusvalía, sino que implican el cuestionamiento de la humanidad misma de los asalariados. El café que se merca como orgánico, justo y/o solidario se cultiva no sólo con el conocimiento y dedicación de los cafeticultores, sino con la producción y superexplotación de indios. Si no hago distinción alguna entre cafetaleros del sector social o privado, compañeros o finqueros, es porque en conjunto, aunque con variaciones de escala, explotan jornaleros indios con la misma intensidad y saña.

De ninguna manera argumento o caracterizo a la sociedad veracruzana en términos análogos a los del colonialismo clásico;⁴ no entiendo la división social de forma bipolar (explotados y explotadores, colonos y colonizadores, los de abajo y los de arriba, etcétera). Sin embargo por ser un artículo enfocado en fincas y cafetales describe la violencia del despojo y explotación que es normalizada en el trabajo asalariado del campo veracruzano. Al concentrarme en la producción de la subjetividad india *vis à vis* la producción de café dejo sin caracterizar y analizar a los no-indios como tales. No es pereza ni falta de espacio, sino el hecho incontrovertible que –para los no-indios– existe una pluralidad de posibilidades de elaboración de identidades secundarias. Es un hecho también que no son blancos, sino todo tipo de clases con imaginarios de castas.

Asimismo omito el diagnóstico de “la crisis del café” por dos razones. Uno, porque hay suficientes y magníficos trabajos al respecto (Bartra, 2003; Snyder, 2001) donde se dan también las distintas estrategias tomadas para superarla. Dos, aunque cuento mi trabajo entre ellos, considero que conllevan el riesgo de justificar toda acción de “bien común” para el salvamento de la cafecultura. Mi mayor interés en este artículo es hacer evidente que no existe tal comunidad. Los beneficios directos son para los productores⁵ y si algo caracteriza a los estudios del café es

el silencio de los investigadores sobre los mecanismos de explotación empleados en la producción. Puede argumentarse y con razón que si no se explotara de esta forma, la cafecultura no sería viable. Si lo aceptamos tenemos que ser conscientes de todas sus implicaciones y consecuencias. La más importante es la de renunciar a toda pretensión de justicia o intercambio en las relaciones sociales de producción. Lo primero que olvidamos es lo más elemental (Gramsci, 1971: 144); la explotación de clases en el capitalismo es la norma; no hay que sorprenderse por esto, pero en toda sociedad liberal se incluyen límites a la producción que salvaguardan la dignidad humana. Si la producción de café no es capaz de garantizarlo debe reformarse de forma radical. Al no haber intentos al respecto, enfrentamos el dilema jacobino de perder la colonia o el principio, el viejo emporio cafetalero o "...las ideas de libertad y de justicia que hacen de nuestra patria [México] la nación independiente, humana y generosa a la que entregamos nuestra existencia".⁶

EN EL CAFETAL

El café es un cultivo perenne cuyo ciclo productivo se diferencia según las distintas variedades de la planta. Sin embargo, desde el punto de vista de los productores, todas ellas observan el mismo proceso anual dividido en la floración/maduración del fruto y la cosecha. Agronómicamente el año se divide así entre labores culturales (los cuidados a los arbustos en forma de podas, limpiezas, fertilización, injertos, etcétera) y cosecha (corte o pizca de las cerezas). A esta división corresponde una necesidad muy desigual en la aplicación de trabajo a la planta tanto en intensidad, como en el número de jornaleros. Los cerca de nueve meses dedicados a labores culturales requieren de un mínimo de trabajadores por matas y superficie, y pueden hacerse tanto por los productores mismos, vecinos y algunos peones asentados en la zona. Por el contrario, la cosecha requiere la importación de un ejército de indios serranos.

La selección de trabajadores para cafetales y la organización de sus labores es producto de doscientos años de experiencia; en esta organización nada es casual. Los jornaleros son trabajadores asalariados pero

también indios y en conjunto, ambos elementos cuestionan la claridad conceptual que cada uno tiene en sí.

En mi trabajo etnográfico (Macip, 2002: Capítulo V) hago una descripción detallada de las condiciones de trabajo durante la cosecha. Baste decir por ahora que las mismas se dan en condiciones de precariedad y abuso tales que degradan la humanidad de los trabajadores. Las condiciones de vida son inferiores a las de “extrema pobreza”, identificadas en sus hogares; mientras que las laborales son de muy alto riesgo. Debe considerarse que los trabajadores proceden sistemáticamente de regiones clasificadas como de pobreza terminal por los gobiernos neoliberales de Salinas, Zedillo y Fox, con las variantes de nomenclatura de los programas de administración de la pobreza: Solidaridad, Progresá y Oportunidades respectivamente. Asimismo, debe tomarse en cuenta que no estamos hablando de poblaciones marginadas en el sentido que este término tiene en las ciencias sociales latinoamericanas (Kay, 1989: Capítulo 4), en tanto son empleados de empresas capitalistas que producen mercancías para el mercado mundial.

El manejo de los peones plantea una paradoja para los cafecultores y sus administradores. A los cortadores se les trata de una forma a la que nadie sometería a un semejante. Esto se puede apreciar en la contratación de infantes y mujeres con embarazos avanzados y su transporte a los cafetales cual carga. Las condiciones de vida en la cosecha son miserables y sin atención alguna a la salud o a la educación. La conciencia de este maltrato es tan clara entre los empleadores que expresa su deshumanización de forma incontrovertible: “a los trabajadores no se les puede tratar como animales porque cualquier animal requiere de mayor atención”.

Aun si la paradoja establece que los trabajadores son deshumanizados por el sometimiento al régimen laboral, esto no implica restitución alguna. Hay un importante espacio vacío que es llenado por el estatus indio de los jornaleros y, circularmente, la razón por la que soportan la paradoja es porque son eso. Lo indio es una categoría autoexplicativa producida en el estatus liminal en que los trabajadores viven durante la cosecha. Aunque el reconocimiento del trato inhumano durante el corte debería ser suficiente para arribar a la conclusión lógica de que el régimen labo-

ral debe mejorar, esto no ocurre. Productores y administradores sostienen que los indios no reaccionan al estímulo del dinero. Hipotéticamente, si se pudiesen pagar mejores salarios, los trabajadores laborarían menos, sólo lo necesario para cubrir sus gastos de reproducción. En el pasado, cuando hubo mejores condiciones de trabajo ese fue el caso, dicen. Ideológicamente los jornaleros indios sólo reaccionan al trato duro del trabajo, la mejor disciplina laboral es la privación y el imponer jornadas de superexplotación.

Ahora bien, una revisión de las etnografías previas (Foladori, 1975; Early, 1982) y el trabajo hecho en 1999-2000 muestran que los niveles de explotación se han incrementado. Esto es notorio tanto en cantidad de kilos de café cortado en un día, muy superior a los incrementos en los niveles de productividad de la cosecha. Ideológicamente es también notoria la predilección por una fuerza laboral cada vez más vulnerable hecha de mujeres y menores.

La contratación de jornaleros indígenas se da en dos formas. Las primeras cuadrillas en incorporarse al corte proceden de las faldas del volcán Citlaltépetl y son las que participan en las pepenas tempranas. De ellas salen también el grueso de los mandones y supervisores, y son cuadrillas condicionadas a través de favores para asegurar su presencia en la cosecha. El grueso de los trabajadores, aquellos que se incorporan al buen corte y arrase, proceden de la sierra de Zongolica-Negra y mayoritariamente de la parte más alta y fría de la misma (municipios de Tehuipango, Veracruz y Ajalpan, Puebla). Étnicamente están marcados como “los más indios de los indios”. Su contratación está libre de relaciones recíprocas y compadrazgos. La marcación étnica de los trabajadores es muy importante, pues es de acuerdo a los diferentes grados de indianidad que se naturalizan los excesos y miserias de la cosecha. Así los trabajadores procedentes de la parte fría de la sierra son representados como poseedores de una mayor resistencia a las inclemencias del tiempo, agotamiento y con mínimos requisitos de vida; se dice que son “cuerudos”.

Si bien el criterio de etnicidad es claramente cultural: dominio del castellano, y se expresa en un continuo que va del monolingüismo castellano, con una separación jerárquica del metropolitano al montuno, al

bilingüismo castellano/náhuatl, para terminar con el monolingüismo náhuatl, hay un momento en que la indianidad es tal, que se presenta como una alteridad irreducible, lo suficientemente radical como para pensar en los jornaleros como un tipo racial. La yuxtaposición de diferencias culturales con indicadores raciales es producto, huelga decirlo, de la militancia y virulencia de un racismo anti-indio generalizable al caso mexicano, pero que en las regiones donde se les explota directamente adquiere dimensiones de pánico y odio. Debemos reiterar una vez más que "...no son las razas las que generan el racismo, sino el racismo el que genera las razas" (Manrique, 1995:13), y en este caso los marcos coloniales del sistema de castas se reproducen selectivamente, afirmando la plena humanidad de las "mezclas" mientras se niega lo mismo a los percibidos como "los más indios."

Este racismo se imbrica con la proletarianización de los trabajadores, quienes venden su fuerza de trabajo al capital cafetalero. Por una parte se trata de trabajo asalariado y las familias en la sierra dependen de los salarios devengados para su reproducción. Por otra parte la subordinación del trabajo al capital es incompleta, puesto que implica la coordinación de varios empleos informales a lo largo del año, y ningún salario individual es suficiente para la reproducción de una unidad doméstica, sino que requiere de una hábil combinación de varios salarios. En el caso cafetalero, los trabajadores sólo se emplean por tres meses, pero más importante aún, la composición de salarios implica formas de dominio extraeconómicas.

La forma de trabajo y pago durante la cosecha es a destajo. Los cortadores son pagados por la cantidad de kilos que cortan a la semana. Diariamente se inscribe en una bitácora cuántos kilos cortó cada persona, con la posibilidad de incluir a menores con alguno de los padres. Este arreglo se basa aparentemente en la capacidad de explotación voluntaria e individual; como tal se justifica la forma de pago. Sin embargo es más complicado. Debe considerarse el imperativo de que una vez en cereza el café debe cortarse a tiempo puesto que se pudre rápidamente. Esta necesidad se complementa con la compulsión a cortar un mínimo diario o semanal, de acuerdo a las necesidades y percepciones de los cortadores.

En términos generales el corte de café debe representar no sólo un ingreso, sino uno superior al mínimo rural y de empleos sin calificación en la ciudad. Este salario de garantía se fija antes de la cosecha y es motivo de disputas entre los cortadores. Tanto cortadores como cafetaleros consideran cuáles son los precios por kilo en la cosecha y a partir de ellos calculan cuál es la ganancia mínima (una vez descontados los gastos de producción) para los cafetaleros y el monto mínimo por el cual es aceptable trabajar. En los encuentros antes de la cosecha o al inicio de la primera pepena este es el tema contencioso entre cuadrillas de cortadores y administradores. Ahora bien, dentro de la cosecha hay variaciones en el precio del kilo cereza que comienza muy bajo y mejora hacia un precio máximo durante el punto más alto del “buen corte” en las tierras altas (donde se produce el mejor café), que se mantiene casi hasta el final de la cosecha. Nadie puede saber a ciencia cierta cuál será el precio de inicio y fin de la cosecha, puesto que éstos dependen de la especulación en el mercado de valores a futuros y, por ende, tales discusiones entre capital y trabajo se concentran alrededor de lo que se define en términos de “necesidades”. Esto es, cuál sería un salario suficiente para cubrir las necesidades mínimas de reproducción de los trabajadores durante la cosecha. Huelga decir que el entendimiento y articulación de las supuestas necesidades es un debate contencioso y desigual, en donde los cafetaleros deprimen las condiciones de vida y trabajo, dieta, cobijo, seguridad, salud y dignidad, mientras que los cortadores regatean y tratan de definir un mínimo de garantía. Durante la cosecha de 1999-2000 este salario se ubicaba en un peso por kilo cereza al cortador, cuando en el mercado regional estaba ubicado en dos pesos con diez centavos a consignación en beneficio. El precio máximo sería de tres pesos con veinticinco centavos durante el buen corte, pero no sería hasta el inicio de las pepenas después del buen corte en las tierras altas cuando se pagaría ese peso por cereza que se pactó como mínimo de garantía.

Tanto los cortadores habían acordado no trabajar por menos de ese peso, como los productores no pagarlo, pero mientras los primeros no pudieron mantener su posición, los segundos no sólo presentaron un frente unificado con mínimas variaciones (se pagaba entre setenta y cin-

co y ochenta y cinco centavos), sino que graciosamente concedieron al final ese peso (necesario para asegurar las últimas pepenas y arrase). Las relaciones entre ambos no son sólo de índole económico/productivas, aunque éstas son las principales, sino que incluyen formas de dominación socioculturales, que se pueden apreciar en el debate sobre “necesidades”, costos y gastos mínimos de reproducción. Al definir cuál es el mínimo necesario para vivir se define un espacio liminal donde la indianidad de los trabajadores toma forma. Ningún cafetalero vive o aceptaría vivir bajo esos mínimos, como tampoco los vecinos de las comunidades donde se produce el grano. Al definir la indianidad de los trabajadores como una condición semi o subhumana se ejercen formas específicas de violencia y formalmente sancionadas. Puede decirse que se usa la coerción del hambre y la necesidad, y es cierto, pero no es suficiente para explicar el proceso de subordinación y dominación. Los cortadores negocian y pierden en gran medida porque están persuadidos de que son indios y, como tales, hechos a la brutalidad de la vida en el capitalismo mexicano.

POSCOLONIALISMO INTERNO

La especialización étnica encontrada en el agronegocio cafetalero aparece como simple derivado de un mercado laboral segmentado. El proceso de diferenciación de clase propio de toda ventura capitalista tendría en este caso un corolario étnico. Esta interpretación deja intacta, empero, la violencia del régimen laboral y el consenso activo de los trabajadores. Esto es, ¿por qué hay una ausencia regular de rebeliones contra la explotación de parte de los peones? También, ¿cómo es posible que se esparzan ideas acerca del “comercio justo” entre las organizaciones cafetaleras frente a la explotación de indios a destajo? En esta sección primeramente posicionaré a los trabajadores respecto al capital y consideraré después la relevancia de interpretarlos como indios (nativos) desde la condición poscolonial discutida para África por Achille Mbembe (2001).

Los cortadores de café son parte del “ejército industrial de reserva desechable” identificado por Marx (citado en Roseberry, 1997: 37), esto

es, aquellos segmentos de la población que están a veces empleados, a veces subempleados y a veces desempleados o sin empleo en los ciclos económicos. Aunque los cortadores de café son requeridos regularmente para la cosecha, este empleo no es constante ni suficiente para asegurar su reproducción. Son asalariados que hábilmente combinan distintas ocupaciones rurales y urbanas. Así, éste no es un proletariado rural en el sentido estricto. En vez de eso, los trabajadores constituyen segmentos “flotantes” y “latentes” del ejército industrial de reserva desechable. El segmento flotante está compuesto por trabajadores proletarianizados que están alternamente empleados y desempleados, con problemas para vender su *mercancianizada*⁷ capacidad para el trabajo, mientras que el latente está hecho de productores independientes, cuya capacidad para el trabajo no está completamente mercancianizada y por ende se encuentran parcialmente proletarianizados (Roseberry, 1997: 37). Considero que los cortadores de café se mueven entre ambos segmentos y no es una simple progresión o regresión de uno a otro, sino una complicada ida y venida, sensible a ciclos económicos cortos de auge y caída. La cada vez más corta duración de estos ciclos⁸ demanda una mayor flexibilidad de los trabajadores, los cuales reaccionan al mercado laboral ora moviéndose a nuevos nichos en el mercado laboral urbano/informal, internacional o criminal, ora intensificando las actividades agrícolas en su terruño.

El régimen laboral cafetalero está marcado por un incremento en la superexplotación, entendida ésta como el logro de la plusvalía a costa de incrementar la jornada laboral y/o reducir los salarios y condiciones para la reproducción social de la mano de obra (Marini, 1973). En nuestro caso, la superexplotación se logra combinando ambas opciones; intensificando el trabajo y abaratando los salarios.

Ahora, la caracterización del régimen laboral debe incorporar las dimensiones étnicas del racismo. Los trabajadores comparten la condición india en oposición a los productores formales. Esta línea de separación no responde a una especialización étnica de un mercado laboral segmentado. La reproducción de la fuerza de trabajo así como el precio de la capacidad para el trabajo tampoco se reducen a cálculos sobre niveles básicos de subsistencia, sino que corresponden a condiciones históri-

co/sociales específicas. Son el resultado de luchas para definir los niveles mínimos de subsistencia y de explotación tolerable. Y aquí es donde la construcción histórica y sociocultural del indio juega el papel clave en determinar la reproducción mínima que, sostengo, reta las definiciones de subsistencia. La composición de la descriada y mal nutrida fuerza laboral hecha de menores sin escolaridad, mujeres preñadas y prematuramente envejecidas, y jóvenes desechables es sólo posible dada su identificación étnica.

Las problemáticas relaciones entre clase y etnicidad en el capitalismo subdesarrollado fueron caracterizadas dentro del debate de “colonialismo interno” hace una generación (Kay 1989: Capítulo 3). En él hubo distintas caracterizaciones e interpretaciones, destacando diferentes aspectos para explicar la prevalencia de relaciones coloniales de dominación en un contexto de explotación capitalista. Las más importantes identificaron las raíces históricas de las relaciones étnicas, la transición incompleta y, hasta cierto punto imposible, hacia relaciones de clase, y cómo este aparente anacronismo era una necesidad estructural (González Casanova, 1965; Stavenhagen, 1969; Early, 1982).

Al reconsiderar formas coloniales de explotación debemos estar alertas sobre dos trampas. Primero, la de oponer lo colonial con el capitalismo como si fueran dos fases históricas distintas; segundo, la de reducir la colonialidad de las relaciones a una necesidad estructural. El colonialismo moderno es parte del capitalismo sin ser tampoco reducible al mismo. Aunque los regímenes laborales nos permiten describir en detalle las relaciones sociales de producción, donde se logran tanto la plusvalía como la superexplotación, necesitamos incorporar asimismo la construcción de etnia y clase como identidades y subjetividades políticas.

Aunque el arribo del café a Veracruz y sus momentos de auge están asociados al liberalismo económico y libre mercado antes que a monopolios coloniales, al trabajo asalariado en vez de levas, su régimen laboral está estructurado étnicamente y reproduce la distinción más básica de la sociedad colonial: “gente e indios”. Es en los cafetales y galeras de las fincas así como en los jacalones del monte donde la enajenación india toma lugar. La condición india se vive en la superexplotación naturaliza-

da, con la cual los trabajadores no son sólo deshumanizados por la abyecta y sistemática reducción de las condiciones de trabajo y el malpago para estimular hambre y necesidad, sino también por la persuasión de que son indios en oposición directa a la gente.

En el libro *On the Postcolony*, Achille Mbembe (2001: 188) argumenta que en la distinción absoluta de la sociedad colonial: colono-humano *versus* nativo, este último se define por ausencias y se torna por terror disciplinario en un animal doméstico para el lujurioso uso del primero. Tomando la distinción hegeliana entre ser y estar en el mundo por la conciencia del ser y la inhabilidad imputada a los nativos para darse cuenta de ello,⁹ el colonizador se enfrenta al peligro de la nada inherente en el nativo y por ende debe producir en él una criatura útil y desechable: el esclavo. Aunque hay enormes distinciones históricas y etnográficas entre África y América Latina, especialmente en sus procesos de descolonización y formación de estados, algunos aspectos del análisis de Mbembe son importantes para acercarnos al sentido de indianidad, su proceso creador y la mezcla de clase y etnicidad en relaciones de superexplotación.

Considérese esta cita de parte de un político indio discutiendo las tendencias emergentes en la militancia indígena estimuladas por la rebelión zapatista: “Lo principal es cambiar los significados acerca de ser indio, porque hasta ahora es casi todo discriminación; [como indio] eres ¡siempre menos! No es una cuestión de ciudadanía u otros formalismos legales sino el ser tratado como basura al grado que preferirías no existir”.

Ser tratado como basura es precisamente lo que ocurre en cafetales y galeras durante el corte, siempre bajo la violenta presión de la destitución y necesidad, en vez del látigo y cepo. Si no he incluido indicadores estadísticos sobre la salud y educación de la fuerza laboral es porque raramente reflejan las condiciones actuales de vida y trabajo. Debe decirse, empero, que por encima de la normalidad de la pobreza y malnutrición de la sociedad mexicana, estas condiciones constituyen verdaderas expresiones de miseria y obscenos productos del desarrollo capitalista. Como ejemplo mencionaré que la Pepsi-cola es uno de los alimentos básicos de los trabajadores, al grado que un cortador de seis años puede beber un

par de litros durante la jornada. Otro buen ejemplo es el conflicto entre trabajadores y productores sobre el excremento. El único servicio que los productores de café proveen a los trabajadores es la instalación de letrinas en barracas y jacalones. Los trabajadores entienden correctamente que la única manera en que su humanidad es evidente para sus explotadores es por la acumulación de heces, que deben ser contenidas. En respuesta hay un mal uso sistemático de las letrinas y una disposición caprichosa y escatológica de la mierda que va desde “minar” los caminos hasta expresiones *graffiteras*.

El efecto constante y deliberado de ser tratado como basura lleva a una condición de no querer estar en el mundo, al deseo de no existir, y es aquí donde encuentro útil la discusión de Mbembe sobre subjetividades poscoloniales para el estudio del neoliberalismo en México. Concedido, hay un emergente movimiento por los derechos indígenas e intentos creativos por descolonizar los significados de ser indio. Aun así, no debemos perder de vista que estas tendencias fuera del movimiento zapatista ocurren dentro de una elite de intelectuales indígenas y organizaciones, en el reino de las Organizaciones No Gubernamentales y la educación superior. En la abyecta vida cotidiana del mundo de la producción están completamente ausentes, lo que no quiere decir que hay un vacío discursivo sobre la condición india. Justo lo opuesto. El café y otros agronegocios están llenos de referentes étnicos afirmando con odio la separación entre “indios y gente”. Las diferencias entre la poscolonia africana y el México neoliberal son importantes y limitan las analogías. El odio no se limita a la dicotomía entre el colonizador y el nativo; aunque hay un discurso de supremacía blanca entre los descendientes de inmigrantes europeos en la región; su odio a los indios no es más violento que el de los campesinos mestizos. La oposición colonizador-nativo se complica y agiganta por el autodesprecio que surge del terror a recaer en la pesadilla india.

El racismo y sus efectos productivos suelen ser omitidos en las etnografías sobre México. Aunque la prevalencia de mercados laborales segmentados es un buen ejemplo, pocas veces son entendidos como tales. En general lo que se entiende como relaciones simbióticas entre una

(supuesta) economía natural y su engullimiento por la expansión del capitalismo (Boege, 1991; Aguirre Beltrán, 1995) es una poscolonia interna. La búsqueda y reproducción intencional de indios para peonaje no es un accidente ni una reliquia colonial. Es cierto que sin indios el costo del trabajo sería caro y por ende puede argumentarse una necesidad estructural, pero la condición india es también una construcción ideológica por medio de la cual las aptitudes del sujeto se reducen al trabajo estacional y mal pagado. Los indios son así un verdadero ejército industrial de reserva desechable. El racismo mexicano se ejerce en regímenes laborales donde se logra la producción de subjetividades de inferioridad. La condición de no existencia es su resultado más exitoso y, desafortunadamente, no hay foco rojo en el centro de Veracruz.

REFERENCIAS

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, 1995, *Cuatro Nobles Titulados en Contienda por la Tierra*, México, CIESAS.
- Bartra, Armando, 2003, *Cosechas de Ira: Economía Política de la Contrarreforma Agraria*. México, Instituto Maya. A. C.
- Boege, Eckart *et al.*, 1991, *Cultura, Naturaleza y Sociedad en la Sierra de Zongolica*, Xalapa, INI/CIESAS, mecanoescrito.
- Early, Daniel, 1982, *Café: Dependencia y Efectos*, México, INI.
- Fanon, Frantz, 2001 [1961], *Los Condenados de la Tierra*, traducido del francés por Julieta Campos, tercera edición en español, México, Fondo de Cultura Económica.
- Foladori, Guillermo, 1975, "La Proletarización del Campesinado: Antropología Económica de la Sierra de Zongolica, Veracruz", tesis inédita de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, mecanoescrito.
- González Casanova, Pablo, 1965, *La Democracia en México*, México, ERA.
- Gramsci, Antonio, 1971, *Selections from the Prison Notebooks*, New York, International Publishers.
- Hernández, Luis, 2000, "Sueños de Café" en *Café Orgánico/Organic Coffee Mexico*, México, SEDESOL/FONAES.
- Kay, Cristobal, 1989, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*,

- New Jersey, Routledge.
- Macip, Ricardo F., 2002, "Coffee, Crisis and the Neoliberal Mexican State in Central Veracruz", disertación doctoral inédita, The Graduate Faculty of Political and Social Science, New School for Social Research, New York, mecanoescrito.
- Manrique, Nelson, 1995, "Political Violence, Ethnicity and Racism in Peru in Time of War", *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 4, n° 1: 5-18.
- Marini, Ruy Mauro, 1976, *Dialéctica de la Dependencia*, México, ERA.
- Mbembe, Achille, 2001, *On the Postcolony*, Berkeley, University of California Press.
- Roseberry, William, 1997, "Marx and Anthropology", *Annual Review of Anthropology*, vol. 26: 25-46.
- Snyder, Richard, 2001, *Politics After Neoliberalism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Stavenhagen, Rodolfo, 1969, *Las Clases Sociales en las Sociedades Agrarias*, México, Siglo XXI.
- Waridel, Laure, 2002, *Coffee with Pleasure*, Montreal , Black Rose Books.

NOTAS

¹ Versiones preliminares de este artículo se presentaron como ponencias en el año 2004 en la XXXI Reunión Anual de Casca Sociedad Canadiense de Antropología y en la XXVII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. Agradezco a Liz Fitting y Citlalli Reyes las críticas y comentarios a sendos borradores.

² Por centro de Veracruz estoy tomando los cantones de Córdoba, Orizaba, Huatusco y Zongolica (este último complicado por la adición de municipalidades de la Sierra Negra en Puebla) según la división territorial del siglo XIX. En este trabajo estaré refiriéndome al cantón de Huatusco como área de producción y beneficiado de café y a Zongolica como el origen de los jornaleros. Mis observaciones directas proceden de los municipios de Huatusco, Ixhualtan del Café y Tehuipango en Veracruz y Ajalpan (Puebla).

³ En este artículo uso la terminología respecto al cultivo y procesamiento del café usual para México desarrollada bajo la dirección del Inmecafé en tanto no hay consenso gramático del gremio sobre otra. Actualmente se importan y usan

tanto la terminología colombiana de la Federación de Cafeteros como la de certificadores transnacionales plena de anglicismos.

⁴ Fanon, 2001. En contra de una moda dominante durante los últimos 15 años, rechazo que “Veracruz también es Caribe.” La celebración de la tercera raíz no requiere tergiversaciones históricas.

⁵ Armando Bartra, 2003, sintetiza los múltiples beneficios ambientales de la cafeticultura campesina. Sin bien son innegables, su discusión escapa el propósito principal de este artículo en tanto los linderos están en los cafetales.

⁶ Juramento a la Bandera de México. Ver <http://www.zonacentinela.com/juramento_ban.htm>

⁷ *Mercancianización* se refiere al proceso expansivo de convertir cualquier cosa en mercancía dentro del capitalismo. Hasta el momento no existe consenso en castellano sobre el mejor vocablo, pues al ser una traducción del inglés *commodification* se usan también “mercantilización” que remite a una fase histórica precapitalista, o bien y más complicado, “cosificación” usado en Sudamérica para discutir fetiches en terminología psicoanalítica. Considero que *mercancianización* es el término que más directamente traduce el sentido de convertir algo en mercancía.

⁸ Los ciclos del café son cada vez más cortos y aunque no es posible hablar de auges durante los últimos veinte años, hubo cosechas esperanzadoras a mediados de los años noventa que se esfumaron con severas crisis.

⁹ Por lo que sólo están en él, cual plantas o animales.